

# AMIGO ESPEJO

# AMIGO ESPEJO

Enrique Gomez Tarrega

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre 2026

Depósito legal: SE 3644-2026

ISBN: 979-13-7060-943-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Enrique Gomez Tarrega
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

# I

—¡Hola amigo espejo! Como viene siendo habitual, hoy voy a contarte una nueva historia que hace ya bastante tiempo deseaba contarte, y que por motivos ajenos a mi voluntad nunca me había atrevido a contártela tal y como voy a hacerlo ahora, pues en realidad se trata de algo que me ocurrió hace algunos años y que yo gracias a mi memoria y mi gran imaginación voy a relatarte a ti basándome en la información que todavía guardo en la memoria, que por cierto no puedo asegurar sea totalmente cierta, aunque de todo hay en la viña del Señor, no obstante si te parece oportuno, voy a dar comienzo con este relato cuyo protagonista, casualidades de la vida, también se llamaba José, como yo, y que por cierto, aunque te resulte un tanto increíble, igual puede tener algunos visos de una realidad total y absoluta, eso no lo puedo ni asegurar ni desmentir, por tanto atiende y verás pues esta historia creo que comenzó así.

Como podrás comprobar otra vez nos encontramos a mediados del mes de abril y yo todavía no he conseguido encontrar una explicación lógica sobre cómo ocurrieron aquéllos —desafortunados, o no— acontecimientos que llevaron a este hombre cuyo nombre, como ya te he explicado, era José, a tomar aquella decisión, ni tampoco tengo demasiado claro si todo aquello no fue consecuencia de una más de las muchas pesadillas que desde un tiempo atrás he tenido que sufrir, bueno no siempre, pero sí algunas noches, casi a ciencia cierta como secuelas de aquel desafortunado accidente de tráfico que me mantuvo unos días postrado en la cama de aquel hospital en estado de coma

—o sea inconsciente— por la lesión que como consecuencia de aquel golpe, según el neurólogo, me produjo un pequeño derrame interno en la cabeza, por tanto voy a ver si consigo hoy dar comienzo a este relato que tantos dolores de cabeza me está ocasionando desde hace algunos años, y que según mis recuerdos, yo voy a relatarlo de este modo, como si lo estuviera contándoselo a otra persona.

# EL RELATO

—Atiende amigo espejo, pues como primer paso para un mejor entendimiento de lo que voy a contarte, intentaré aclarar lo mejor posible unos acontecimientos que tuvieron lugar unos cuantos años atrás, y que yo, sin querer relacionarlos por motivos que nunca he conseguido tener demasiado claros, los relaciono con estos desafortunados sueños —o más bien pesadillas—, por tanto voy a dar comienzo a este relato tal y como yo lo recuerdo, procurando ser lo más concreto y realista posible, aunque debo reconocer que el principio del mismo puede parecer que nada tiene que ver con todo cuanto ocurrió durante aquellos meses de investigación en la cual todo comenzó cuando con una hábil manipulación informática llevada a cabo por unos delincuentes, y que sin lugar alguno a dudas, fue en realidad lo que me llevó a ponerme en contacto con algunas personas con las que jamás pensé tener relación alguna por motivos obvios, pero algunas veces la casualidad o quizás el caprichoso destino, es el encargado de montar unos escenarios increíbles donde la vida deja de ser un paseo en lancha, para convertirse en un torbellino de casualidades que tienen la facultad de colocarte en un lugar que además de no corresponderte, no encuentras un motivo real para haberte visto involucrado de pies a cabeza, pero para que comprendas mejor cómo creo comenzó todo este follón, comenzaré por donde yo tengo la sensación de cómo nació el germen con el cual al desarrollarse y crecer hizo que todo alcanzara unos límites que jamás pensé podría alcanzar en aquellos momentos, pues lo que comenzó siendo un favor a un

amigo, creo que fue lo que de una manera increíble me llevó a casi perderme en una vorágine de acontecimientos como jamás soñé podrían existir, por tanto ahora voy a dar comienzo con este relato, que aunque pueda parecer que en un principio esto no tiene nada que ver con los acontecimientos que ocurrieron al final de este relato, creo que en realidad sí pueden estar muy relacionados, por ese motivo voy a comenzar por donde yo creo debo hacerlo para que tengas un mejor entendimiento.

—Aquel día del mes de julio habíamos salido de nuestros respectivos domicilios a las seis de la mañana, tal y como habíamos acordado el día anterior, puesto que eran muchos los kilómetros que teníamos previsto recorrer aquel día, y nuestro deseo era regresar antes del anochecer a nuestro lugar de partida.

El vehículo en el que viajábamos con dirección a Albacete lo conducía el marido de una prima segunda de mi esposa, que en realidad era el propietario del mismo y al que yo acompañaba todavía no tengo demasiado claro si era porque él necesitaba compañía para no hacer el viaje en solitario, o porque él estaba haciéndome un favor para que se me despejara la mente —o quizás por ambas cosas a la par—, ya que en aquellos momentos yo tenía demasiados problemas pendientes de solucionar —no económicos— como consecuencia de haber contraído aquella maldita enfermedad profesional, que me había obligado a abandonar mi puesto de trabajo, porque este resultaba incompatible con mi estado de salud, motivo este que por cierto me estaba ocasionando una depresión de caballo y que según los médicos podía degenerar en algo de más difícil solución.

Después de algo más de una hora de circular por aquella transitada autovía, lo cierto es que desde que salimos del pueblo donde teníamos nuestro domicilio habitual, solo habíamos hecho una parada previa en un restaurante próximo a la carretera de acceso a la pista, para tomar un refresco, pues el calor ya se

estaba haciendo casi insoportable en aquellas primeras horas de la mañana, al final, ante el agobiante calor que estábamos soportando en el interior del coche, por mutuo acuerdo decidimos detenernos unos minutos para refrescarnos en otro restaurante de la autovía y lo cierto fue que entonces, mientras degustábamos el tal refresco —cuando Juan, que así era como se llamaba este hombre— me dejó caer así como quien no quiere decirte que lo tiene más que pensado y muy calculado, lo difícil que le estaba resultando superar la quiebra de la empresa que como autónomo compartía con dos socios más y que bastante meses atrás había tenido que cerrar por unos motivos que, por más que lo intentaba, él todavía no había logrado explicarse de una manera lo bastante clara para su entendimiento.

Aunque en realidad lo que todavía no había podido superar de una manera total y absoluta, era el embargo de sus bienes de los cuales había sido objeto como consecuencia de las deudas contraídas con su fallida experiencia empresarial, que en realidad fueron en su mayor parte las que ocasionaron el cierre de aquella empresa que dirigía junto con aquel par de socios que parece ser tampoco salieron mejor librados que él con la mencionada experiencia empresarial.

A continuación y después de finalizar aquella consumición, regresamos de nuevo a la carretera, lo bien cierto fue que eran ya muchos los kilómetros que llevábamos recorridos por aquellas carreteras, y aunque aquello no se encontraba en el programa, como es lógico el organismo continuaba con su normal proceso de supervivencia, y esto debió ser sin lugar a dudas lo que nos llevó a parar de nuevo en otro de los restaurantes próximos a la carretera, para aliviar en lo posible nuestras sufridas vejigas, que por cierto ya llevaban algunos minutos avisándonos de tan primordial como obligada necesidad, una vez hubimos cumplido con estas, por sugerencia de Juan, decidimos tomar un ligero

pero reconfortante almuerzo para de este modo continuar con las pilas cargadas a tope, y fue entonces durante la reposición del combustible del que tan necesitados parecían encontrarse nuestros organismos, cuando él mismo, sin venir a colación, como por casualidad, sacó de nuevo a comentario aquella conversación que, según él, habíamos dejado a medias durante nuestra anterior parada, por cierto que aquella conversación me dejó totalmente descolocado y que sin lugar a dudas interiormente tengo el pleno convencimiento de que esta ha sido la principal consecuencia de la mayoría de mis muchos quebraderos de cabeza, y el principio de toda esta increíble historia, verás, la cosa comenzó más o menos así, al menos así es como yo lo recuerdo.

Estábamos casi a mitad del almuerzo cuando Juan comenzó diciendo:

—Mira, José, después de mucho darle vueltas al asunto, he llegado a la conclusión que esto que voy a contarte es lo mejor que se me ha podido ocurrir, así que verás, el asunto en cuestión es el siguiente:

»Como tú bien sabes, desde que cerramos la fábrica yo tengo embargados todos mis bienes, ya que los aporté como garantía a los diferentes préstamos que hubimos de llevar a cabo para poner en marcha la misma, y claro, como comprenderás, al darle el cerrojazo a aquella, nuestros acreedores —principalmente los bancos— se dieron en su día mucha prisa en ejecutar los embargos pertinentes de todos los bienes que aportamos como garantía de aquellos préstamos.

»Pues bien, a donde yo quiero llegar es al siguiente punto. Verás, resulta que por vías no oficiales y que ahora no vienen al caso, he conseguido enterarme de que la casa que tengo o tenía en la playa saldrá en las próximas fechas a pública subasta en todavía no sé qué juzgados de Madrid, entonces, como resulta que durante estos años que han trascurrido desde el cierre

efectivo de la empresa hasta hoy, yo me he dedicado a llevar a cabo algunos negocios de compra-venta que, por cierto, me han permitido acumular cierto capital, yo calculo así a grosso modo que el suficiente como para tener opciones de optar a tomar parte en esa puja, con grandes posibilidades de conseguir que esa casa no pase a otras manos que no sean las mías, solo que existe un gran inconveniente que es en realidad el siguiente, y que si me lo permites voy a plantearte, y que consiste en lo siguiente:

»Mira, resulta que tanto yo como mi familia no podemos tener a nuestro nombre ningún tipo de propiedad hasta que no den por concluido el expediente de embargo de nuestros bienes, cosa que puede demorarse algunos años, y claro, como consecuencia de ello, y dado que tanto a mí como a mi familia nos gustaría continuar siendo los propietarios de aquella casa, hemos barajado infinidad de posibilidades, pero la que hemos creído más idónea es la siguiente:

»Verás, como resulta que tú —al menos así lo consideramos tanto mi familia como yo— eres el mejor, más leal y honrado amigo que tenemos, hemos pensado que siempre, tanto tú como tu familia estéis de acuerdo, podrías ser la persona que pujara en esa subasta por la casa, para que de este modo no fuera a parar a unas manos extrañas, y que claro, cuando todo este proceso del embargo haya concluido, regresara a nuestras manos, eso sí, como es lógico, todos los gastos correrían a nuestro cargo como supongo comprenderás, bueno, lo cierto es que eso solo podría llevarse a cabo siempre que vosotros, y me estoy refiriendo tanto a ti como a tu familia, estéis de acuerdo con esta idea. ¿Qué te parece a ti esta proposición? ¿Tú crees que esto puede ser factible?

Ante aquellas tan insólitas como inesperadas declaraciones, me encontré totalmente descolocado y muy confundido sin sa-

ber qué responder, por lo que guardé unos instantes de silencio tratando de ordenar y asimilar al menos en parte aquella confesión y proposición que, sin previo aviso, terminaba de hacerme aquel a quien consideraba un amigo, y que jamás bajo ningún concepto hubiera esperado me hiciera sin haber mediado con antelación comentario alguno sobre dicho asunto, pues aquello para mí era muy costoso de asimilar así en frío, pues lo cierto era que aquella proposición no era moco de pavo.

—Vamos a ver —le respondí sin tener las cosas demasiado claras, al menos de momento—, ¿tú te has parado a pensar en el lio que me has propuesto me involucré de pies a cabeza, sin comerlo ni beberlo?

—Hombre, José, como supongo comprenderás, esto no es algo que lo haya decidido hace unos instantes mientras veníamos hacia este lugar, pues con este tema llevo liado desde hace más de un mes, que es cuando me enteré que iban a sacar a pública subasta la que siempre fue mi casa en la playa de Xeraco, pero lo cierto es que cuando hace unas semanas llegué a la conclusión que esta era la mejor opción que tenía a mano, siempre que vosotros estuvierais de acuerdo, no sabía cómo ponerte al corriente de la misma sin que te enfadaras demasiado conmigo, y para que no pensarais en ningún momento que trataba de abusar de vuestra amistad.

—¿Y cuándo dices que está previsto llevar a cabo esa pública subasta?

—Pues si no me han informado mal, para dentro de quince días, o sea, el jueves de la semana que viene no, el jueves de la otra.

—Coño, ¿y por qué no me lo has dicho la víspera de ese día? Anda que no tienes cojones, Juan, pero ¿tú te has parado a pensar en el lio que me quieres meter, sin yo saber por dónde pueden ir los tiros al final de este follón? —A continuación, y

tras unos segundos de silencio por mi parte que a mí se me antojaron eternos, le respondí.

«Mira, Juan, yo no te prometo nada, pues esto es algo muy gordo que debo pensarlo sin presión alguna, además que antes debo poner al corriente de todo esto a mi mujer como parte integrante e imprescindible que es de mi unidad familiar, y después de que ella esté de acuerdo conmigo decidiré en pro o en contra, eso claro está, siempre que llegue a la conclusión que debo involucrarme en este follón que me estás proponiendo, cosa que ni tengo claro ni te lo puedo asegurar, al menos de momento, así que déjame pensarlo con tranquilidad y no me atosigues preguntándome cuál es mi decisión final, pues en cuanto decida algo te lo haré saber de manera inmediata.

Quince días después y aunque todo se desarrolló de manera muy sencilla, debo de reconocer que sin proponérmelo ni haberlo previsto, hube de aportar una parte bastante sustancial del capital,—algo más del 50 % del costo de la subasta— pues surgieron, llamémosles imprevistos, que no se tuvieron en cuenta mientras se planeó la estrategia de dicha operación, ya que esta estuvo manejada —o mejor dicho manipulada según se mire— por un letrado conocido de Juan y en teoría muy amigo suyo, del que según pude enterarme unos meses más tarde por una de esas casualidades de la vida, este era un tipo que desde hacía algunos años se encontraba involucrado en negocios bastante turbios —pero como la curiosidad no es patrimonio exclusivo de nadie, picado por esta traté de documentarme de quién era en realidad aquel «señor» después de pasados aquellos meses—, lo cierto fue que al salón donde se llevaban a cabo las subastas solo pudo acceder aquel llamémosle elemento, pues nosotros no estábamos autorizados para ello, por no haber hecho efectivo con antelación suficiente el obligatorio depósito de acceso a la misma como posibles pujantes, lo cierto es que des-

conocíamos tales normas y que aquel amigo por motivos que desconocíamos en aquel momento, tampoco tuvo la delicadeza de ponernos al corriente —más adelante en este mismo relato, si no se me marcha el santo al cielo, aclararé algunos puntos oscuros sobre esta transacción que descubrí sin proponérmelo pasados algunos meses—, bueno a lo que íbamos, lo que está muy claro es que aquella subasta y sus respectivas e inmediatas complicaciones que se solucionaron de manera satisfactoria si no para todos sí para alguno de los integrantes de la comisión, y que por cierto finalizó con una casa de veraneo junto a la playa —legalmente— a nombre de mi mujer y mío, sin que en realidad —moralmente— fuera en su totalidad de nuestra propiedad, aunque sí en la mayor parte debido a la cuantiosa aportación económica que de nuestras cuentas, hubimos de hacer efectiva de manera inmediata para financiar y finiquitar la operación —de la que colocándome la mano en el corazón debo reconocer que no fue una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida.

Una vez dimos por finalizados todos los requisitos necesarios e imprescindibles para dar por concluida nuestra presencia en aquel lugar, regresamos a nuestros respectivos domicilios, y después de explicarle a mi esposa de manera exhaustiva la totalidad de cómo se habían desarrollado aquellos acontecimientos, continuamos con nuestras vidas de la manera más normal, al menos eso era lo que yo creía, ya que después de transcurridos unos años y algunos cambios más o menos importantes en nuestras vidas, aquel acuerdo entre amigos comenzó a pasar factura con unas consecuencias que hasta aquellos momentos al menos en el seno de mi familia creíamos imprevisibles, lo cierto es que principalmente yo, ya que me inculpo de ello por creer que si no todas sí una gran mayoría de las personas de mi entorno eran lo honradas y buenas que yo creía, lo que por

cierto entonces me quedó muy claro para siempre, no fue otra cosa que el total desconocimiento que hasta entonces yo tenía sobre lo cambiantes que pueden llegar a ser las reacciones de algunas personas, ya que hasta que tuvieron lugar algunos acontecimientos —para mí hasta entonces increíbles—, yo no supe valorar con la suficiente visión de futuro que algunos de aquellos compromisos llevados a cabo ante «Dios» y la justicia, entre personas de distinto sexo algunas veces no suelen ser eternos, tal y como se juraron ante una gran infinidad de testigos, debido a lo cambiante que resulta la mente humana por motivos ajenos —o no— a la promesa que ambos se hicieron en su momento, con la inocente ilusión de vivir juntos una vida eterna y feliz.

# II

Lo cierto fue que aunque durante los meses del invierno, continuamos reuniéndonos tal y como teníamos por costumbre algunos fines de semana varios matrimonios de amigos mutuos en las diferentes casitas de campo, que teníamos cada cual en los campos de nuestras respectivas propiedades, para disfrutar de una buena comida dominguera en total armonía y disfrutando de la naturaleza, una vez llegaba el buen tiempo, como era lógico y normal, las dejábamos aparcadas durante los meses estivales aquellas reuniones domingueras, pues como era lógico todos o al menos algunos teníamos por costumbre cambiar aquellos hábitos invernales, por los relajados y calurosos días del verano en otros lares diferentes, pues como solía ser normal cada unidad familiar disfrutaba de manera individual del buen tiempo en los lugares más insospechados. Y llamo insospechados, porque mientras Juan y su familia continuaban disfrutando de aquella casa —de la discordia como a mí me dio por llamarla en algunos ya olvidados días— junto al mar en Xaraco, otros lo hacían en el apartamento de algún pueblecito costero que con antelación previamente habían alquilado para los meses del verano, y otros se lo montaban en tiendas de campaña, o caravanas de su propiedad, dentro de algunos «campings» —eso sí siempre próximos al mar, que era donde por descontado la unidad familiar había decidido debían pasar los meses de calor veraniego.

Una vez hubieron concluido aquel fatídico año los meses veraniegos, fue entonces, cuando ya todos hubimos dado por finalizado aquel veraneo en otro lugar diferente a lo que era

habitual durante el resto del año, como era lógico ya teníamos previsto retomar nuestra habitual e invernal rutina dominguera, fue entonces cuando ocurrió que un comentario hecho —posiblemente sin mala intención— por uno de los componentes de una de las familias que teníamos por costumbre reunirnos los domingos en nuestras diferentes propiedades, aquel dejó caer aquella información que a mí me llegó durante la más que habitual merienda de un día entre semana, mientras nos encontrábamos devorando a toda prisa nuestros respectivos bocadillos sentados alrededor de una de las mesas del comedor de la empresa en la cual algunos prestábamos nuestros servicios, fue entonces cuando aquel me hizo partícipe de aquella inesperada noticia —al menos para mí— y que no era otra, que la acaecida durante los meses de verano en que habíamos estado totalmente desconectados los unos de los otros, pues resultaba que «Juan» y su esposa «Maruja», habían decidido de mutuo acuerdo —al menos así me lo explicó— aparcar de manera definitiva sus relaciones matrimoniales, como consecuencia de unas insalvables diferencias que existían entre ambos sobre algunos motivos, de los cuales yo no fui consciente nunca, pues jamás los había visto discutir de manera acalorada sobre cosas importantes, aunque lo cierto es que por motivos intrascendentes, todos tenemos nuestras diferencias en pareja, que por cierto casi siempre se suelen solucionar con un sonoro beso de mutuo perdón, por las tonterías que se puedan haber salido por nuestras bocas durante el tonto altercado.

Algunos días más tarde y después de haber puesto a mi esposa en conocimiento de tal noticia, me hice el encontradizo con mi amigo Juan, que nada más verme y sin dejar que le preguntara si lo que me habían soplado era cierto, fue él quien me puso al corriente de la situación en que se encontraba con referencia a su matrimonio.

Después de algo más de una hora de estar debatiendo los pros y los contras de la situación en que se encontraba en aquellos momentos, por lo que de manera inmediata me explico lo siguiente:

—Mira José, esto es algo que yo veía venir desde que quebró la empresa que teníamos con mis otros dos socios, ya que ella desde entonces siempre me ha acusado de haberla dejado en la calle como consecuencia —según ella—, de mis ansias de grandeza, por cierto nada más lejos de la realidad, ya que ella fue la que más me fustigó para que me asociara con aquellos compañeros y diéramos rienda suelta a nuestras normales ansias de independencia laboral, bueno si he de ser sincero, debo reconocer que a mí también me hacía mucha ilusión independizarme laboralmente, y que fueran nuestros los beneficios que podíamos generar con aquellos dolorosos sacrificios e increíbles esfuerzos, pero como tú ya sabes aquello solo duró algo más de tres años, pues las deudas como consecuencia de los impagos de algunos trabajos nos llevaron a una descapitalización total y a una quiebra sin vuelta atrás, pues los bancos al conocer nuestras dificultades económicas, comenzaron a acosarnos para que hiciéramos efectivos los préstamos que nos habían concedido en su día, negándonos más créditos para que pudiéramos reflotar la empresa.

»Y claro Maruja como consecuencia de haber perdido su estatus de esposa de un empresario, y con una economía boyante de la que ella hacía ostentación cada vez que tenía ocasión para ello, la convivencia familiar comenzó a quebrarse y hacerse más difícil de lo que te puedes imaginar, por lo cual las grescas y las indirectas eran el pan nuestro de cada hora que estábamos en la misma habitación, así que un día de mediados del pasado mes de agosto, me dijo con todo su morro que dado que el culpable de la difícil situación en que nos encontrábamos era

yo, lo mejor era que no volviera a habitar aquella casa, o sea que debía abandonarla de inmediato, pues ella ya había hablado con nuestros hijos sobre aquello y por unanimidad, habían llegado a la conclusión que lo mejor para todos —ellos— era que yo abandonara la casa, y que ellos ya se las arreglarían como mejor pudieran, ante aquella propuesta hecha sin el menor pudor, yo miré a mis hijos que también estaban allí presentes y por los gestos de complicidad que vi en sus rostros comprendí que aquello era un complot muy bien urdido por Maruja para tirarme de mi casa con el consentimiento expreso de mis hijos, así que aquella misma tarde sin pronunciar queja alguna, abandoné mi domicilio y me marché a vivir solo en donde pudiera encontrar cobijo.

—Entonces ¿dónde vives ahora si Maruja te ha despachado de la casa donde vivíais?

—Pues veras aquel día después de pasar varias horas sentado en el interior del coche y conduciendo cual si fuera un autómata por caminos rurales y sin rumbo fijo, ya que tenía la mente hecha un verdadero lio tratando de encontrar una explicación más o menos lógica a lo acontecido aquella mañana en la vivienda que desde hacía muchos años había sido mi domicilio conyugal, poco a poco fui tranquilizándome al tiempo que de manera imparable comenzaron a caer las primeras sombras de la noche, y fue entonces cuando me percaté que no tenía donde pasar la noche, por lo que decidí que en el único lugar donde podría cobijarme para pasar la noche sin ser una molestia para nadie —al menos de momento— era en la casita que teníamos en el campo donde nos solíamos reunir algunos domingos para castigarnos con una buena comilona dominguera, pues allí hay una habitación habilitada como dormitorio con una cama de matrimonio que me regaló mi madre hace unos cuantos años, así que ya sabes donde tengo ahora mi domicilio.

—Mira te voy a hacer una pregunta un poco delicada y que desde el momento que me hicieron participe de vuestra ruptura como matrimonio, me tiene bastante más confundido de lo que te puedes imaginar, y mi duda no es otra que la siguiente:

»La casa de la playa que tenéis en Xeraco que por cierto está a nombre de mi mujer y mío, y que es donde hasta ahora habéis pasado los veranos, ¿a quién se la debo ceder? pues a mi modo de entender y que con arreglo a ley consta como una propiedad exclusivamente mía, aunque moralmente yo creo que es vuestra, y me refiero a Maruja y a ti, ya, que esta nueva e insólita situación en que ambos os encontráis al menos momentáneamente sumergidos, me hace preguntarme lo siguiente: ¿Quién de vosotros dos tiene más derecho a disfrutarla, ahora que según parece habéis roto vuestra relación de una manera al parecer y según estoy viendo totalmente definitiva?

—Verás, estos días que he estado solo en la casita del campo, he pensado en muchas cosas y entre ellas también ha estado presente ese problema que terminas de exponerme, y claro, después de haberle dado muchas vueltas a tan complicado asunto, he llegado a la siguiente conclusión: Mira, José, resulta que esa casa de Xaraco es más tuya que nuestra, ya que el día de la subasta, vosotros —o sea tú, que fuiste quien estaba allí presente— aportasteis algo así como casi dos tercios de lo que tuvimos que abonar en la subasta para que nos la adjudicaran a nosotros —bueno, a la subasta no, pero sí a la sanguijuela que se llevó el gato al agua con la colaboración y consentimiento de «mi amigo el letrado» que debía representarme durante la subasta, y que lo único que hizo fue acordar con aquel buitre aquella trama para sacarme un dinero de más, que casi con total seguridad se repartieron a mis espaldas entre ambos sin que yo en aquel momento tuviera conocimiento de aquella marrullería que ambos tenían pactada con antelación—, por lo que, mirán-

dolo con objetividad, te vuelvo a repetir que es más vuestra que nuestra, y me refiero a ti y a Paquita, tu mujer. Además, según he comprobado en los documentos que tengo aquí en mi poder, durante estos años vosotros sois los que habéis financiado tanto la contribución urbana del mismo como los gastos comunitarios, por lo cual esa deuda se habrá incrementado sustancialmente, y claro, una vez sumados estos gastos a la aportación en metálico que hicisteis en su día, es de ley reconocer que esa casa ya es individual, moral y económicamente vuestra en su totalidad, salvo el ahora pequeño pellizco que fue lo que nosotros aportamos aquel día en la subasta, por tanto debo admitir que es absolutamente vuestra.

—Si eso que terminas de decir es muy cierto, pero eso no quiere decir que hasta este momento a mí me hubiera pasado por la mente estar interesado en reclamar la deuda, ya que estaba y continúo estando dispuesto a esperar el tiempo que fuere necesario hasta que consiguieras reflotar tu economía, y entonces trataremos de poner en claro y sobre la mesa esa deuda, que yo todavía no considero demasiado apremiante, siempre y cuando vosotros lleguéis a un acuerdo en cómo y cuándo debemos solucionarla, pero ahora lo que me has dejado muy claro es que ya no me puedo dirigir exclusivamente a ti como hipotéticamente deudor y dueño de una menor parte de la casa, ya que desde el momento que habéis decidido romper la baraja, esa parte se ha dividido en dos y una de ellas ha pasado a ser de Maruja como propietaria del cincuenta por ciento de lo que teníais como gananciales, aunque por el momento creo que lo más oportuno sería dejar en suspenso este problema, no vaya a ser que cualquier día, sin llegar a proponéroslo, se os cambie el chip y volváis a reanudar la relación, por lo cual me parece que lo más oportuno sería que dejemos las cosas como están. ¿A ti qué te parece esta idea mía?

—Pues la verdad, José, agradezco tu generosidad en lo que vale, pero si te he de ser sincero, al menos tanto como tú lo has sido conmigo, he de decirte que no existe ninguna posibilidad de que ocurra eso que terminas de exponerme, por lo cual creo que deberás hablar con ella y dejarle claro cómo están las cosas, aunque debo ser sincero contigo y prevenirte, ya que tengo el casi seguro convencimiento de que ella no piensa soltar un duro para saldar su parte de la deuda, con la intención de hacer creer a todo el mundo que ella es la única dueña y señora de la casa, motivo por el cual tengo el mal presentimiento de que vas a tener más dificultades de las que te imagin as para solucionar este problema, y en lo referente a mi parte solo te diré que de momento no puedo hacer frente a la deuda, motivo por el cual, y después de darle muchas vueltas al asunto, he llegado a la conclusión de que la mejor solución para todos sería ponerla a la venta y, una vez esta sea vendida, tú podrías recuperar el dinero que has invertido en la casa, y el resto repartírnoslo entre Maruja y yo. ¿A ti qué te parece esta idea?

—No me jorobes, Juan, ¿me estás diciendo que ella no estará dispuesta a hacer frente a la deuda que tiene conmigo con referencia al pago de la casa?

—En efecto, y eso quiero dejártelo muy claro para que no te pille por sorpresa, pues ella, en más de una ocasión en que este tema ha salido a debate, sin el menor pudor me ha insinuado que, como no hay ningún documento firmado por nosotros reconociendo esa deuda, lo mejor que podíamos hacer era negarlo todo y tratar de que renunciaras al dinero que invertiste en su día, para evitar que ella y su madre te desacreditaran —tal y como suelen hacer con aquellas personas que no les son muy gratas— por todos lados tratándote de ladrón, al tratar de que te devolviéramos algo que tú no habías pagado. Tú no puedes ni imaginarte lo malas que son tanto ella como su madre.

—Mira, Juan, si lo que tratas es de acojonarme, te diré que casi lo estás consiguiendo, pero una cosa voy a dejarte muy clara, y es que si se pone en ese plan no solo perderá la parte que le corresponde, sino que la demandaré judicialmente por ocupar una vivienda sin permiso de los legítimos dueños, que ante la ley somos nosotros.

Con el paso de los días, estos dieron la razón a Juan en lo referente a las pretensiones de Maruja sobre el pago de la deuda, que según ella era inexistente y que todo aquello no era otra cosa que una confabulación acordada entre su exmarido y José para robarle una propiedad que era suya en su totalidad, y que había sido suya desde hacía muchos años.

Por lo que después de estas afirmaciones y ante la negativa de José a aceptar sus condiciones de renunciar al inmueble en su totalidad, dieron como resultado una citación en el Ayuntamiento del pueblo acusándolo de usurpación de una propiedad mediante una falsedad documental, que José pudo esquivar demostrando con documentos oficiales del Catastro y del Registro de la propiedad, que tanto él como su esposa eran los auténticos y únicos y auténticos propietarios de aquel inmueble, que habían adquirido en pública subasta, la justicia tuvo que dar la razón a José por motivos obvios, aquella resolución desencadenó una campaña de desprestigio entre las personas del pueblo donde tenían su residencia, y que no lo conocían personalmente, llevada a cabo entre los dos mujeres —madre e hija— que se atrevieron a acusarlo incluso de homosexual entre otras muchas infamias sin una base concreta con la única intención de producir un daño irreparable en el prestigio y la reputación de aquel hombre que lo único de lo que podían acusar era de tratar de llegar a un acuerdo para la liquidación de una inversión en la que él era el único y autentico perjudicado.

Tras aquel dilema en que se vio envuelto por no querer hacerles más daño que el que le reembolsaran su inversión, este tomó la resolución de presentar una demanda judicial de desalojo del inmueble por lo que contrató un bufete de abogados que después de estudiar meticulosamente todos los inconvenientes que aquello conllevaba, decidieron presentar en los juzgados la tal demanda que como era de ley, el juez falló a su favor ordenando un desalojo del inmueble en el plazo de ocho días.

Cuando la autoridad competente acompañados por José llegó al inmueble en cuestión con la intención de asegurarse de que se había cumplido la ley, tal y como había ordenado el juez, se encontraron con que tanto las paredes como algunos tabiques habían sufrido tales desperfectos que podían ser motivo de demanda por parte del propietario, que a su vez no quiso presentarla pues decidió dar por finalizado aquel litigio, aunque aquello representara una inversión extra para dejar aquella vivienda en condiciones de venta.

Unas semanas más tarde que fue lo que se tardó en reparar y dejar todo en óptimas condiciones y listo para revista, el inmueble pasó a engrosar la lista de pisos que una conocida inmobiliaria debía poner a la venta, además y para más inri, sin que nadie fuera consciente de ello, José junto con su esposa habían decidido que si conseguían venderlo descontarían su inversión primaria, y el resto lo repartiría de manera equitativa entre los dos ex cónyuges, aunque a la parte que le correspondiera a la exesposa de Juan, le serían descontados todos los gastos extras ocasionados por los pagos de las contribuciones y de comunidad, además de los acumulados por las demandas junto con los de la restauración, y así fue como se lo explicó a su amigo Juan, que lo que menos se esperaba era aquella salomónica decisión por parte de sus amigos Paquita y José.

Con el paso de los días, semanas y algunos meses, aquello se fue enfriando y no es que todo regresara a la normalidad anterior, pero sí a una tensa normalidad que en ningún momento presagiara cómo se iba a solucionar aquel problema, que les había caído encima como consecuencia de tratar de comportarse con sus amigos como les hubiera gustado se comportaran con ellos, en el hipotético caso de que ellos se hubieran visto involucrados por los motivos que fueren en un embrollo económico semejante.

# III

Un par de años más tarde y después de que José y Paquita hubieran comentado, meditado y discutido con gran minuciosidad todos los pormenores del caso, llegaron a la conclusión de que lo más oportuno para ambos y debido a que parecía que ningún comprador parecía hacerse el ánimo de adquirir aquella casa junto a la playa de Xaraco, decidieron ofrecerle la casa al hijo mayor de Juan, pues cosa curiosa, resultaba que este era el único que no les había negado el saludo y que además en más de una ocasión durante algún encuentro ocasional, les había insinuado que aquella casa de la playa de Xaraco, le hacía mucha ilusión a su mujer, entonces José trató de hacerse el encontradizo con él para de una manera muy velada preguntarle si de verdad este todavía estaba interesado en la adquisición de la misma y podían llegar a un acuerdo.

Pocos días más tarde, y esta vez sin proponérselo ambos coincidieron en el despacho de material agrícola de una cooperativa agrícola de la que ambos eran socios, entonces José después de saludarlo le insinuó que quería hablar con él sobre algo que podía resultarle muy interesante, si es que no había mal interpretado sus palabras en alguna que otra ocasión, motivo este, por lo que ambos acordaron reunirse de nuevo el día siguiente en un lugar donde nadie pudiera interrumpirlos.

Aquella mañana en el aparcamiento de un centro comercial bastante alejado de sus respectivos domicilios, una vez se localizaron se reunieron en el interior del coche de Raúl —que así es como se llamaba este hombre— pues aquel era bastante más espacioso que el de José, por lo que una vez ambos se encontra-

ban en el habitáculo del vehículo, fue el joven quien le preguntó sin cortarse un duro:

—Bien José dispara y ponme al corriente de eso que dijiste ayer me quieres proponer, que soy todo oídos pues, aunque supongo de qué se trata, no quiero precipitarme en mis conclusiones, por tanto, comienza a explicarme cuál es esa proposición que tienes in mente, que yo te escucho.

Tras estas palabras Raúl guardó silencio esperando que José le explicara qué era aquello que, según le dejó caer de una manera un tanto velada la mañana anterior, podía resultarles muy interesante y conveniente para ambos, por lo que comenzó diciendo:

—Mira Raúl, esto que voy a explicarte es algo que tanto mi mujer como yo hemos estudiado y meditado de manera muy exhaustiva, y que se trata de lo siguiente: Vamos a ver, como supongo tú muy bien conoces el tema, por pertenecer a una de las partes interesadas en este asunto, y que por cierto no es otro que el piso de Xaraco que, como muy bien tú sabes, está a nombre de mi mujer y mío, aunque creo que tú estás bastante al corriente del asunto que nos llevó al Juzgado a tu madre y a mí, pues tú estabas presente durante el juicio, que como sabes se falló a mi favor por motivos obvios, entonces una vez salimos del Juzgado traté por todos los medios de explicarle a tu madre quién había puesto el dinero para la adquisición del inmueble, bueno si no todo sí la mayor parte, y fue entonces cuando me quedó muy claro que tu madre no quería avenirse a razones, motivo por el cual comenzó esa batalla de desprestigio en contra de mi familia por parte de tu madre y de tu abuela y también de tus hermanos, cosa que aunque me molestó bastante en un principio, con el paso del tiempo llegué a la conclusión de que aquellas personas que nos conocían bien y entre ellos te incluyo a ti, sabían muy bien que aquello no eran más que falsos testimonios divulgados por algunas personas faltas de conocimiento

y cultura, así que ahora, que después de que todo parece haberse tranquilizado bastante más de lo que algunas personas desearían, entre mi mujer y yo hemos llegado a la conclusión de que veranear en esa casa no nos haría feliz en absoluto, por motivos que supongo tú comprenderás a la perfección, por eso hemos decidido hacerte una proposición que espero te parezca muy ventajosa para vosotros, y me refiero a tu mujer y a ti, por tanto atiende lo que voy a decirte.

Tras aquellas palabras que Raúl atendió sin interrumpir en ningún momento a su interlocutor, que después de coger aire respiró hondo y dijo muy serio:

—Muy bien José, cuando quieras puedes comenzar a informarme cuál ha sido vuestra decisión sobre ese piso de la playa de Xaraco, que yo voy a tomar nota de todo cuanto tú tengas que proponerme, así que dispara:

Ante aquella respuesta José tragó saliva y comenzó diciendo:

—Mira Raúl, después de mucho meditarlo tanto mi mujer como yo, hemos decidido ofrecerte la casa por el dinero que hasta este momento hemos invertido nosotros, o sea por lo que aporté en el momento de la subasta y los sucesivos gastos que con el tiempo han ido acumulándose, incluyendo también la restauración del mismo, pues como supongo tú sabrás cuando tu familia desalojó por completo la vivienda, al entrar la policía Judicial en el interior de la misma, les faltó poco para salir corriendo, ya que la encontraron con algunos tabiques derribados así como pintadas insultantes por todas las paredes que quedaban en pie en el interior del inmueble, y claro como supongo comprenderás nosotros no queremos hacer negocio con él sino solamente recuperar nuestra inversión en su totalidad, por lo que te comento que si estás dispuesto a adquirirla te resultará casi a precio de saldo dado los precios que en estos momentos se están pagando por este tipo de viviendas.

Una vez José hubo concluido con la explicación de su oferta, el joven lo miró directamente a los ojos y le dijo:

—Si debo serte sincero, he de admitir sin ningún tipo de trapujos, que esperaba que me ofrecieras la vivienda a buen precio, pero lo que nunca podía imaginarme es que me la ofrecieras solo por el dinero que vosotros habéis invertido en ella en estos años incluida vuestra aportación en la subasta, por tanto te digo que sí que me interesa pero como supongo comprenderás, yo también debo consultar con mi mujer, pues todo lo que tenemos es de ambos así que como supongo que después de esperar todos estos años a que se solucionara y casi se olvidara este litigio, no tendrás inconveniente en esperar unos días más hasta que nosotros, y me refiero a mi mujer y a mí, lleguemos a un consenso sobre esta decisión de compra.

Después de estas palabras José lo miró y le dijo muy serio:

—Esa me parece una buena decisión, pues las que se toman en pareja son las que más contribuyen a unirlos, por lo cual te pido que en cuanto toméis una decisión tanto en pro como en contra te ruego me lo comuniques, así que tampoco tengas demasiada prisa, pues de este modo tendré más tiempo para preparar toda la documentación en la que se demuestre cuáles han sido esos gastos que se han acumulado durante estos años que han transcurrido desde la subasta, pues no deseo que pienses en ningún momento que trato de hacer negocio sin justificantes.

—Por favor José, que yo te conozco desde hace muchos años y sé que tú eres incapaz de hacer semejante inmoralidad, por tanto quedamos que en el momento en que lleguemos a una conclusión mi mujer y yo, tanto si es en pro como en contra, te lo comunicaré para que entonces nos informes a cuánto asciende el importe que debemos abonarte en total, una vez sumadas todas las cantidades que tú has invertido en esa casa desde que la adquiristeis.

—Muy bien, pues hasta entonces y ya me comunicarás lo que habéis decidido sobre este asunto.

# IV

Solo hubieron de trascurrir tres días, cuando a media tarde sonó el teléfono y Paquita, que se encontraba más próxima al mismo, descolgó el auricular y preguntó muy seria:

—Diga.

A lo que una voz bien timbrada respondió:

—Buenas tardes Paquita, aunque te suene muy extraño soy tu sobrino Raúl, por cierto ¿cómo te encuentras de tu dolencia?

Paquita, un tanto sorprendida por la amabilidad y sencillez de la pregunta, respondió un poco confusa:

—Mira Raúl, perdona pero por un momento me he quedado en blanco, ya que jamás pensé que me dijeras así de pronto que eras mi sobrino, no obstante ahora que ya me he recuperado del susto te diré que estoy muy bien de la operación, por lo cual te agradezco mucho que te intereses por mi salud, así que como supongo que con quien deseas hablar es con José, mi marido, ahora le paso el auricular, y gracias por interesarte por el estado en que me encuentro, muchas gracias y dale recuerdos a tu mujer.

» José toma el auricular que Raúl desea hablar contigo.

—Haber por favor dame el auricular. —Una vez lo tuvo en la mano se lo acercó al oído y dijo muy serio—. Buenas tardes Raúl, dime cosas, ya habéis decidido si os interesa o no nuestra oferta.

—Pues si José, ya hemos decidido lo que deseamos y no es otra cosa que sí que nos interesa vuestra oferta, por tanto dime qué día y a qué hora te viene bien que nos reunamos de nuevo

para concretar el importe y cómo podemos hacerlo efectivo, así que si te parece oportuno podríamos reunirnos mañana a estas horas en el mismo lugar que lo hicimos el otro día, así estaremos lejos de miradas curiosas e inoportunas. ¿A ti qué te parece mi idea?

—Pues de momento estoy completamente de acuerdo, y en el hipotético caso de que surgiera algún inconveniente sea por tu parte o por la mía, ya nos lo comunicaremos para concretar otro día y hora, ¿te parece correcto?

—Sí, estoy de acuerdo, por tanto, hasta mañana. Ah, se me olvidaba, casi seguro que también vendrá mi mujer, supongo que no te importará, ¿verdad?

—Naturalmente que no me importa, al contrario, me parece magnífico, así la saludaré pues hace un montón de tiempo que no la veo, ya que, como creo recordarás, a nosotros nadie nos invitó a vuestra boda, así que ya nos veremos mañana en el mismo lugar que la vez anterior.

Aquella tarde, tal y como habían acordado, ambos se encontraron en el aparcamiento de aquel centro comercial donde unos días antes ya se habían reunido para exponer las intenciones que hasta allí los había llevado. Después de los correspondientes y familiares saludos, los tres —Raúl, su esposa y José— se desplazaron hasta un restaurante próximo y, después de buscar un lugar donde pudieran ver sin ser vistos, para de este modo poder dialogar sobre aquello que les había reunido en aquel lugar, motivo este por lo que José, que portaba bajo el brazo un portafolios algo abultado, lo depositó sobre la mesa. Una vez el camarero les sirvió unos refrescos que con anterioridad le habían solicitado, lo abrió y, después de dar completa explicación de cada uno de aquellos documentos que de manera ordenada les fue pasando para que aquellos comprobaran de primera mano que no eran falsas sus pretensiones, una vez los

hubieron comprobado uno por uno, José tomó un folio que tenía muy bien plegado en el que constaban los importes de todos aquellos documentos y una cifra total donde constaba el total de aquellos gastos que previamente había justificado.

Después de mirarlo fijamente, le pasó el documento a Raúl que, de manera inmediata y una vez hubo comprobado el importe total de todos aquellos recibos, se lo pasó a su mujer que, con cara de sorpresa y después de leer mentalmente repetidas veces la suma total, miró a José a los ojos y le dijo muy seria:

—¿Seguro que no te has equivocado al sumar, José?

Ante esta pregunta, este le preguntó muy serio:

—¿Qué te parece muy caro, Loli?

—No, al contrario, José —respondió la joven Loli—, nos parece un regalo, por eso te lo he preguntado, pues jamás pensé que fuerais tan desprendidos, así que solo puedo decir que muchas gracias por vuestra generosidad, por lo cual ahora a nosotros solo nos queda ver cómo solucionamos todo el papeleo para que ese piso cambie de propietarios, pues me veo en la obligación de haceros partícipes de unos acontecimientos y situaciones un tanto anómalas y, por supuesto, totalmente desconocidas para mucha gente, entre los que sin duda os encontráis vosotros, motivo por lo cual y para corresponder a vuestra sincera generosidad, me veo en la obligación de haceros sabedores de las mismas, y así, de este modo y una vez os ponga al corriente de estos hechos, creo que antes de darlo como solucionado tendréis que hablar vosotros dos largo y tendido, pues resulta que entre esas muchas cosas que vosotros desconocéis de nuestra situación, espero que con un poco más de tiempo y paciencia y después de analizar los hechos que ahora vamos a contarte, vosotros, y me refiero a tu mujer y a ti, lleguéis a un consenso los dos sobre la conveniencia de pasarme el piso a mi nombre.

Sin lugar a dudas, aquellas últimas palabras de Loli dejaron un tanto descolocado a José, este preguntó muy serio:

—¿Qué habéis querido decir con esas palabras?

Entonces, y a continuación, fue Raúl quien tomó la palabra para decir:

—Pues verás, José, la cosa es muy sencilla aunque algo peliaguda, así que voy a explicarte unas cuantas cosas sobre mí, que por lo que veo tú desconoces totalmente, así que prepárate a escuchar algo que con total seguridad tú no estás enterado de algunas cosas que pesan sobre mí, sobre cómo han transcurrido estos últimos años ni con qué clase de personas me he mezclado desde que hemos estado totalmente desconectados, por lo cual no hemos estado en contacto, así que prepárate a escuchar algo que jamás habrías llegado a sospechar en aquellos tiempos en que estábamos en contacto casi todos los domingos, por lo que ahora voy a intentar con pocas palabras ponerte al corriente de cómo están las cosas y del porqué de aquello que anteriormente ha insinuado mi mujer, así que atiende que voy a explicártelo de manera muy concisa.

»La cosa comenzó más o menos de este modo, verás, resulta que una vez mis padres se separaron, la familia quedó fraccionada en su totalidad, pues aunque yo en un principio me puse al lado de mi madre, con el paso de los meses fui mentalizándome que aquello no fue más que una encerrona, supongo que totalmente maquinada por ella, ya que después de aquella dolorosa ruptura y trascurridos unos meses fue cuando comprendí que todo aquello no fue más que una maniobra muy bien estudiada para deshacerse de mi padre, ya que este por aquellos días estaba bastante deprimido como consecuencia de algunos malos resultados que mermaron de manera escandalosa su seguridad así como su capital, por lo cual comenzaron a tener algunos rifi rafe que con el paso de los días fueron subiendo de tono entre ellos,

debido a que mi padre, como era lógico, comenzó a dosificar su aportación monetaria a los gastos de la casa, y claro, como consecuencia de aquellos recortes económicos, mi madre se vio obligada a renunciar a algunos de aquellos caprichos que ella tenía y de los que siempre hacía sin pudor alguno una ostentación bastante exagerada delante de la mayoría de los vecinos que hasta aquel momento la envidiaban y que a partir de entonces ella ya no podía hacer ni presumir de su superioridad económica.

—Bueno, hasta aquí eso fue a grosso modo uno de los motivos por los cuales hube de abandonar mis estudios y ponerme a trabajar. Así fue como, con el paso de los meses y dado que había conseguido un empleo cuyo jornal, sin ser una maravilla, me permitía vivir sin demasiadas privaciones, o sea, bastante bien, lo primero que hice fue sacarme el carnet de conducir, y de manera inmediata me busqué un empleo de chófer en una empresa de reparto de paquetería. Todo funcionaba a la perfección hasta que un día uno de los conductores de las furgonetas falleció de no me dijeron qué dolencia, y a continuación, unos días más tarde y por motivos que ahora no vienen al caso, fue cuando me ofrecieron su ruta de reparto, cosa que me pareció estupenda, pues el sueldo era algo superior al que estaba cobrando hasta aquel momento. Lo cierto es que todo me estaba saliendo muy bien, hasta que un día, cuando fui a entregar un paquete a un cliente, este me llamó y me preguntó si quería ganarme unos cuantos euros extras de manera muy sencilla. Yo le pregunté de inmediato qué debía de hacer para ganarme esos euros que me había ofrecido de manera tan altruista, y aquí comenzó mi gran problema.

—Y digo que allí comenzó mi gran problema porque el asunto consistía en recoger de un almacén un par de bultos y transportarlos a otra nave situada en un polígono cuya dirección me indicarían en el lugar de recogida. El primer viaje me

resultó muy gratificante, ya que me pagaron por ese transporte algo más de la mitad de lo que ganaba mensualmente en mi puesto de repartidor de paquetería. A los pocos días volvieron a solicitar de mis servicios, y claro, a quien le amarga un dulce, pues con solo dos viajes había ganado bastante más de lo que ganaba en un mes en la empresa. Así fue como, sin darme cuenta, de manera un tanto regular hacía cuatro repartos semanales a aquella empresa, que por cierto yo desconocía a qué se dedicaba, ya que los paquetes estaban muy bien precintados y lo cierto era que, para lo voluminosos que eran, su peso era bastante liviano, cosa esta que comenzó a mosquearme. Por lo que un día, de los que fui a cargar, les pregunté como quien no quiere, qué contenían aquellos paquetes que yo transportaba casi a diario desde aquel almacén a diferentes lugares de la provincia. Entonces, el que ejercía como encargado me dijo que eso era algo que a mí no debía de preocuparme en absoluto, aunque me preguntó si conocía algún conductor de confianza, pues eran muchos los paquetes que tenían para repartir y solo yo era quien les hacía dicho reparto una vez al día. Entonces, picado por la codicia, le pregunté si cabía la posibilidad de que yo, en lugar de hacerles solo un viaje diario, podía hacer tantos como necesitaran, siempre que respetaran el importe del pago que hasta aquel momento me estaban pagando. Aquel tipo, después de mirarme de arriba abajo, me dijo que para hacer eso necesitaría una furgoneta propia, pues estaba claro que mi empresa no me la iba a prestar para trabajar como autónomo.

—Y así fue como me enmerdé en aquella mierda que me llevó hasta este problema en el que ahora me encuentro, pues como yo, durante aquellos meses en que había llevado a cabo aquellas entregas, había acumulado una bonita cantidad de euros con los ingresos extra obtenidos con los viajes que hacía de estraperlo, entonces fue cuando, sin pararme a pensarlo dema-

siado, fui y me compré una furgoneta al tiempo que, de manera voluntaria y con carácter inmediato, me despedí de aquel trabajo de repartidor de paquetería para dedicarme de manera exclusiva al lucrativo negocio de transportar grandes paquetes de mucho volumen y poco peso a diferentes lugares de la provincia. Lo que más me motivaba era que el cobro por mi trabajo me lo entregaban al finalizar la jornada de reparto, por lo que pude acumular una cantidad de dinero como jamás creí poder tener como propia.

—Todo parecía funcionar de manera muy satisfactoria, hasta que un día y habiendo trascurrido unos cuantos meses, sobre la media tarde, cuando después de haber llevado a cabo algunas entregas regresaba de nuevo a mi habitual lugar de carga, unos vehículos policiales me adelantaron unas cuantas calles antes de que yo alcanzara mi destino para volver a cargar. Aquello me resultó tan fuera de lugar que decidí salirme de mi habitual ruta y aparcar mi furgón unas calles algo alejadas del almacén para dirigirme andando hasta este. Entonces, desde una distancia bastante segura y por descontado sin tan siquiera llegar hasta allí, desde aquella esquina donde me había situado para observar qué ocurría por aquella zona, situado como estaba en una zona algo alejada del lugar donde estaban llevando a cabo aquella redada, como podía divisar la nave con todo detalle, pude comprobar cómo la policía que momentos antes me habían adelantado estaba dando una batida por toda la zona, mientras otro grupo de agentes tenía cercada la nave y otros estaban en su interior posiblemente registrándola en su totalidad. Unos minutos más tarde contemplé con asombro cómo se llevaban detenidos a algunos de los que yo había visto navegando por su interior en fechas precedentes. Entonces, de manera inmediata comprendí que me había salvado de la quema por los pelos, así que dejé el furgón donde lo había aparcado unos minutos antes, por si

de daba la casualidad de que alguien lo relacionaba con aquella nave no lograran encontrarlo, ya que cabía la posibilidad de que cualquiera que en fechas precedentes me hubiera visto entrar o salir del almacén me pudiera relacionar con los detenidos.

Aquello me hizo comprender que estaba metido hasta el cuello en algún negocio totalmente ilegal, por lo que de manera inmediata me dirigí hasta el lugar donde tenía aparcada mi furgoneta y, cuando conseguí calmar mis nervios lo suficiente como para poder alejarme de aquel lugar sin llamar demasiado la atención, me alejé cuanto pude de allí para analizar más fríamente todo aquello cuanto había visto e intuido sobre aquel negocio en el cual me había metido sin tan siquiera darme cuenta de que podía acarrearme un buen lío, pero como suele decirse, algunas veces el vil metal nos ciega hasta el punto que no tenemos en cuenta que estamos caminando por un camino nada aconsejable para una persona honrada.

Una vez conseguí tranquilizarme lo suficiente, decidí regresar a mi casa para allí, con más tranquilidad, valorar hasta qué punto había estado yo involucrado en aquello que sin lugar a dudas era un negocio totalmente ilegal. Lo cierto fue que, cuando todavía no habían trascurrido más de dos horas, sonó el teléfono móvil que unas horas antes había dejado sobre la mesa del comedor. De inmediato lo cogí y, después de unos segundos de serias dudas, pregunté con un tono de voz un tanto dubitativo:

—Diga.

Casi de inmediato una voz que a mí se me antojó muy conocida además de amistosa me respondió lo siguiente:

—Hola Raúl, soy tu primo Antonio «El Rabito», te llamo para preguntarte si ya te has tranquilizado un poco después del susto que supongo te habrás llevado al ver cómo la policía llevaba a cabo el registro del almacén donde se preparaba el material que a diario tú te encargabas de repartir, y aunque suponemos

que todo se debe a algún chivatazo, lo que ha resultado más chocante es que no han encontrado nada de cuanto deseaban encontrar, pues según parece ser los encargados de preparar los paquetes estaban avisados de la visita de la policía, motivo por lo cual ayer no recibieron aquel material que a diario y de manera habitual suele llegar hasta el almacén desde algún lugar desconocido, para que estos lo empaqueten de manera disimulada y a continuación tú te encargabas de repartir a los diferentes clientes, sin conocer a ciencia cierta cuál era el contenido de los mismos, así que a partir de este mismo momento seré yo quien coordine esos repartos diarios que tú deberás llevar a cabo, por tanto mañana estate atento, pues en el momento que crea oportuno me pondré en contacto contigo para indicarte el nuevo lugar donde deberás acudir para recibir las pertinentes instrucciones, siempre y cuando estés dispuesto a continuar trabajando con nosotros, cosa que por tu bien te aconsejo hagas, ya que esta gente no está dispuesta a que nadie que haya estado implicado en este turbio negocio renuncie a continuar con ellos, a menos que estén dispuestos a cargar con las consecuencias que esta renuncia les pueda acarrear, supongo que habrás entendido bien todo cuanto con pocas palabras he tratado de explicarte, por tanto hasta mañana, primo.

»Como supongo comprenderás, aquel aviso, explicación o más bien amenaza según lo mires, me dejó bastante descolocado de momento, por lo cual ante mi silencio este me dijo que tenía toda la noche para analizar tales acontecimientos, y que en la mañana siguiente ya se pondría en contacto conmigo para reunirnos y que entonces le confirmara mi decisión tanto si era en pro como en contra sobre lo que terminaba de explicarme, y que por mi bien me aconsejaba que no me expusiera a ser considerado como un traidor a la organización después de haberme estado beneficiando de esta durante tantos meses, una vez colgó